

Mi infancia tiene olor a nata fresca

Esther Seligson

En días recientes murió nuestra amiga y colaboradora, la escritora Esther Seligson. Narradora, poeta, ensayista y crítica teatral, su obra es un referente obligado de la literatura mexicana. A continuación ofrecemos un fragmento de su libro inédito Todo aquí es polvo acompañado de dos semblanzas fraternas de José Gordon e Ignacio Solares.

Con qué facilidad puede de pronto deslizarse una persona fuera de nuestra vida, con mucho mayor presteza de la que, igual, entra a fincar sus reales en nuestra cotidianidad. Recurrir a la imagen de una “cura” es bastante obvio, pero el caso, de hecho, ocurre así: una dolencia larga de la cual un buen día amanecemos aliviados y de la que, después, apenas queda una impresión de irrealidad. No hablo de la muerte, sino de alguien vivo ocupando un lugar prominente, único, insustituible, en nuestro propio espacio vital y que casi de puntillas, sin saber cómo ni cuándo, desaparece sin más... Cuánto vamos dejando por el camino así, o por voluntad propia o desapercibidamente, pues todo lugar donde uno se encuentre es lugar de paso por más que hagamos de él el centro del universo, nuestro *omphalos*. Horror a la cotidianidad compartida, la conyugal o la del amasiato, horror ilimitado a las sábanas revueltas, a las camas tendidas, a las pijamas, a las batas, las chanclas, los trastes sucios, tanta impudicia, tanta promiscuidad de banali-



Esther Seligson

© Regilio Culler

dades, de roces superfluos, limitaciones imperceptibles, injerencias sutiles, violación al espacio vital propio, ningún hogar puede ser sólido, ninguno lo es, sólo un horror mayor, el horror a la soledad, puede mantener a dos personas juntas, a una familia imbricada cual muégano apelmazado siempre a merced de alguna amenaza —de guerra interna para empezar— a cuenta del menor imprevisto, el mínimo desperfecto. ¿Por qué entonces se vuelve tan feroz el hambre de recobrar la infancia, el tiempo proustianamente perdido como si sólo entonces hubiésemos estado realmente seguros, protegidos, *abastecidos* de amor, de abrigo, cuando que todo de hecho se quedó irrealizado, en “veremos” los sueños, en vaguedades la espera de no-se-sabía-qué, en promesa la promisoría plenitud futura, latente la perspectiva de felicidad, de desplegar a pleno pulmón las alas? “Hay sueños que necesitan reposo”, afirma Antonio Porchia. ¿Qué tanto?... “¿Cuándo aprenderás a ser real?”, me interpela un amigo, “pues imagínate el día en que una Esfinge aprenda a ser real: asumirá que su Edipo sea un viajero con auto, casado y con numerosa prole, y que ella misma tenga mal aliento por la mañana, lo cual, bien sabes, le resulta mortífero a los besos”... De niña yo miraba dentro de otro mundo, dentro de una realidad “anterior”, como mirar las puertas del país de la sombra cargando un fanal en la mano encendido con la fuerza silenciosa de lo oculto. Habitamos una tierra de nadie donde fluye un río inabordable salvo si apelamos a una embarcación divina, o al poder de una palabra que divida sus aguas para atravesarlo a pie seco, sin olvidar

las hierbas aromáticas que habrá que incinerar ofrenda de agradecimiento... El engrudo familiar... La imagen de Adrián chupándose el dedo con el trapito agarrado a la mano esperándome tras la ventana de la sala, ¿podría ser un hilo del cual tirar? Decía que yo nunca estuve cuando él me necesitaba. ¿Por qué no me separé definitivamente entonces y me quedé con mis hijos? ¿Por qué no contarse hoy la historia de *otra manera*? También él se lo preguntaba años más tarde, cuando ya sabía por propia experiencia, y poco le faltaba para encarar su destino final, la fuerza que se necesita para soportar la desesperanza. Y en cuanto a mí, no tiene remedio: amo las paradojas, la turbulencia del anhelo, de la libertad, de los desafíos del Absoluto, y preñada voy de esa sed que me consume y que cuántas veces no me han reprochado “sólo pasa en tu cabeza”. Por supuesto que me hubiera gustado ser feliz, ni siquiera creo no haberlo sido, por momentos obviamente e incluso por temporadas más o menos largas o cortas, con esa felicidad tanto de plenitud como de una impalpable espera, algo similar a esas tardes muy luminosas de domingo o de fin de día festivo en que todo se alargaba como si el tiempo no existiera y no fuera a caer la noche y acabar con la luz, el silencio, el intervalo de eternidad, la certeza de que alcanzará suficientemente para terminar los juegos, encontrar las búsquedas, regresar una y otra vez a brincar entre las olas —y cuánto costaba arrancarse a la fascinación del oleaje sólo porque los adultos tenían tantos planes para después de la merienda y les urgía deshacerse lo antes posible de los niños—, no agotar el es-



Ignacio Solares, José de Santiago, Esther Seligson, Luis de Tavira y José Ramón Enríquez en el Centro Universitario de Teatro



© Rogelio Cordero



© Rogelio Cordero

pectáculo de una bandada de gaviotas desdibujando la línea fija del horizonte con su vuelo fantástico; tardes de hacer el amor lenta y morosamente, sin nostalgia ninguna, tan presentes en su presente único; tardes de corretear a mis hijos por la casa y el jardín jugando a las escondidillas, a los sustos, igual de niña que ellos; tardes adolescentes de no hacer nada ensoñando con un libro abierto sobre las rodillas, ¿fue eso, es eso, la felicidad?, ¿ese rodar y traspasar los límites imaginarios y reales entre las realidades que habitamos y nos habitan? No lo sé —me parece haber encontrado la “clave” en Chidambaram, el lugar de la Danza Cósmica cuyo centro está en el propio corazón, y a donde se entra descendiendo; en la vastedad nítida de los parajes tibetanos; en las sonoridades silenciosas del desierto; en las revelaciones fulminantes del lenguaje cabalístico—, mas a eso me supo, a eso me sabe la felicidad, y también tiene olor a pasto recién cortado, a prado de florecillas silvestres, al pescado relleno que preparaba mi abuela, a su cuartito repleto de periódicos y trapos viejos atrás de la cocina donde nos metía a mi madre, a mi hermana y a mí en la víspera de *Pesaj* para pasarnos la gallina viva por encima de la cabeza a modo de reparación y purificación, a los cuerpos recién bañados de mis nietas, a una taza de café turco y un cigarro mentolado, a manzanas horneadas con jugo de naranja, azúcar y canela, a zapote negro prensado, al olor que dejan esas lluvias súbitas que todo lo empapan y luego se quedan escurriendo gota a gota en un cielo azulísimo de tan lavado sobre las hojas de los árboles y arbustos. Felici-

dad de ser testigo de la luz, del parpadeo de los instantes, hundimiento de arenillas en las cada vez más visibles grietas que la oscuridad va abriéndole a la tarde en su apertura rumbo a la noche, testigo de las formas que van olvidándose de sí mismas entre las espesuras de una claridad que se desdibuja, guiño súbito de amarillos que se derraman en un postrer suspiro antes de fugarse tras la línea del horizonte donde un árbol abraza ya la sombra del crepúsculo en las ramas aún soleadas... *Instantes of being* les llama Virginia Woolf, cerillas frotadas en la oscuridad. Desde niña yo ya quería inventar de muchas maneras la realidad —aunque no sé qué tan consciente era de cuál “realidad” o si estaba yo “inventando” ¿qué?—, por eso me encandilaban los libros con imágenes, los cuentos de hadas del mundo entero, el cine, y escuchar historias por la radio. Pero lo mejor era soñar y acordarse de los sueños al despertar. Me gustaba imaginarme Otra, en especial esa Anna Karenina que en la película se presenta en la estación de tren —y nada hay más triste que las viejas estaciones de tren europeas durante los días invernales, lluviosos, enneblinados, cenicientos— con su pequeña maleta, una Anna Karenina que jamás encontré en el libro, es decir que tampoco supe nunca empalmar las realidades del cine con las de los libros y viceversa como imposible parece empalmar las realidades alternas con la Realidad realidad, tal vez por eso creamos mi hermana y yo un país a donde íbamos ciertas noches en que podíamos hablar en voz alta sin que nos escuchara nadie porque nos habíamos quedado solas en casa, sin padres y sin nana, la ha-

bitación semiiluminada por el farol de la calle filtrándose por entre las cortinas, acostadas cada una en su cama buró de por medio, costumbre que se mantuvo hasta bien entrada la adolescencia cuando ya de galanes se trató y podíamos *llevarlos* ahí a nuestro arbitrio. *Graishland* se llamó ese país donde pasado, presente y futuro se acomodaban a nuestras expectativas y deseos, sin confusiones, ambigüedades, malentendidos, al ritmo de la palabra que íbamos tejiendo con el hilo esperanzado de la ensoñación, de las imágenes verbalizadas con abundancia de detalles y barroquismos que no necesitaron nunca correcciones. No distorsionábamos nada, sólo acomodábamos de “otra manera” el orden llamémosle *normal* de las cosas, los seres y los acontecimientos posibles, virtuales. Algún simplista podría aventurar que “soñábamos despiertas”, pero no. Ambas sabíamos muy bien lo que era soñar: ella a causa de sus pesadillas; yo, porque siempre recuerdo el trasfondo y la textura de mis sueños. Creábamos realidades vinculantes libres de códigos y de reglas, de esas normas de conducta que habíamos de seguir a pie juntillas en la realidad de imprevistos de mi madre quien, por su parte, la infringía displicente. Además, en *Graishland* no había ni padres ni familiares, no rivalizábamos pues cada una tenía lo que consideraba justo y merecido, no vestíamos igual, no dábamos cuenta ni razón de lo que decidíamos o traíamos a colación según gustos personales. En suma: éramos felices... “Todos llevamos dentro de nosotros las semillas de los sucesos futuros. Están latentes en nosotros y maduran de acuerdo con las leyes que les imprime su propia naturaleza”, sostiene la Clea de Durrel. Y, bueno,

justamente, ¿dónde iba a madurar esa tierra prometida si para nacer al mundo de todos los días, el mundo de los demás y de los otros, hay que abandonar el Paraíso? “Cuestión de enfoques” afirmaría mi hermana, en caso de confrontar nuestras visiones, versiones retrospectivas, pues en ésa que es la realidad cotidiana *en bruto* diseñábamos en casi todo: ella había escogido ser obediente y dócil, mustia y calladita frente a mis estridencias, y puesto que igual me iban a castigar se protegía acusándome de ser yo la instigadora de lo que ambas perpetrábamos. La clásica historia fraterna, ¿no es así? Sin embargo, ¿cómo separarías tu voz de la mía? ¿Cuál era tu realidad? Yo soy como Antígona “de los que plantean las preguntas hasta el fin”, nombro sin atenuantes, y si de “interpretaciones” se trata digo hoy que mi infancia tiene olor a nata fresca y a tardes de lluvia, de contar sus gotas tras el vidrio de la ventana, y digo que la felicidad huele a mar, el mar acapulqueño del crepúsculo oloroso a la humedad de las flores ahítas de tanto calor, aroma de su respiración refrescada por la brisa. También se me confunden las aguas del mar y las aguas de lluvia que dejan, cuando se va, su calina lechosa sobre las olas y los montes, el mundo abrazado por un canto invisible. Tirada en la arena me gustaba retener los últimos rayos del sol entre las pestañas, filamentos de luz, el estremecimiento corpuscular del horizonte, espiar la dorada eclosión del amanecer, los pequeños agujeros de oscuridad que se van llenando de luz entre la tibieza húmeda de rocío matinal sobre la tierra aún difusa, atender en una suerte de febril unicidad al canto de los diferentes pájaros y sonidos y ruidos del despertar...



Marina Bayón, José de Santiago, Myrna Ortega, Esther Seligson, Vicente Leñero, Ignacio Solares, José Ramón Enríquez, Antonio Crestani y Miguel Flores en casa de Esther Seligson, marzo 1998